

IV.

Una buena colecta.

La estatua de la Caridad que corona la cúpula del Hospicio de Fópoli, amaneció radiosa y triunfante á la mañana siguiente. Después del aguacero de la víspera, apareció el cielo limpio y transparente, como si nunca nube ténue ó vaho ligero hubiesen empañado su superficie; hubiérase dicho que toda el agua que andaba vagando por los aires, había sido derramada sobre la ciudad, para limpiar su atmósfera de toda impureza.

El alba comenzó muy temprano extendiendo por el horizonte sus cendales opalinos, al través de los cuales filtró la aurora sus dorados reflejos; ráfagas alegres inundaron luego el confín con lluvia de granates y rubíes; y para coronar aquella prodigiosa solemnidad, el sol elevó sobre los cerros su enorme disco, envuelto en cegadoras fulguraciones. Y al herir desde su trono la blanca estatua de la Caridad, que se yergue en la parte más elevada del Hospicio, quebró de tal suerte sus rayos en la ideal cabeza y en el albo ropaje, que, rechazados en torno como chispas de incendio, la envolvieron en aureola espléndida y cerco luminoso.

Temprano despertó Matute y se vistió

de prisa recordando el solemne compromiso contraído con sor Ignacia; y tan pronto como estuvo listo y hubo gustado la frugal colación matutina, tomó el sombrero de jipi-japa que usaba de continuo, y salió seguido por algunos mozos provistos de cestas.

Frecuentemente emprendía aquellas jiras por diferentes partes de la ciudad, con el objeto de allegar provisiones para los pobres; lo que hacía, tanto para ejercitar su caridad, que era muy viva, como por cumplir ciertos arreglos hechos con el Obispo, quien le había autorizado para establecer en el Hospicio varios nuevos servicios, y, entre otros, el de la Cuna. Hasta entonces no había habido en Fópoli asilo para niños expósitos ó huérfanos, y andaban en lenguas muchas historias conmovedoras de criaturas abandonadas y muertas de hambre ó frío por calles y plazas.

Aunque nacido en México, Matute había sido educado en España. El 20 de octubre de 1805, su padre, don Juan Bautista Matute, teniente de navío, había muerto batiéndose heroicamente con los ingleses á bordo del "Santísima Trinidad," en la gloriosa batalla de Trafalgar. Por tal motivo, Juan José y su familia habían corrido por cuenta del rey desde que éste fué reinstalado en el trono; así que la viuda fué pensionada y al man-

cebo se le hizo entrar en las Escuelas Pías de Madrid. Al salir de ellas, se le dió lugar en el Colegio náutico de la isla de León, con el nombramiento de guardia marino, y una vez concluidos sus estudios, sentó plaza Matute en la Real Armada.

Poco tiempo después, salió de la Península á bordo del "Asia," barco encargado de traer á Méjico al virrey O'Donoghú, quien venía á sustituir á Apodaca, destituido por Buceli. Pero al llegar el "Asia," á Veracruz, se encontró O'Donoghú con la novedad de que la Nueva España había roto los vínculos que la unían á la madre patria, y de que Iturbide, después de entenderse con Guerrero en Acapulco, había proclamado en Iguala la independencia de la colonia. Persuadido de que la Nueva España estaba irremisiblemente perdida, y de que sería inútil y criminal prolongar por más tiempo la lucha, firmó paces con Iturbide en la ciudad de Córdoba, y reconoció la independencia de la nueva nacionalidad. Matute, entretanto, había saltado á tierra en Veracruz, y, en vista de los tratados celebrados por los beligerantes, resuelto quedarse definitivamente en su país mejicano. Poco después sentó plaza en la marina mejicana. Eran aquellos días hermosísimos para la joven nación: todo parecía sonreírle. Hasta los españoles mismos la

acataban y le servían, y los indios de la víspera, enaltecidos ahora con el nombre de mejicanos (como los vencidos y conquistados por Cortés), acudían de todas partes, al país, para fundirse en los esplendores de su naciente gloria.

Aun no llegaba Matute á los treinta años, y, lleno de bríos y entusiasmo, miraba ante sí un gran porvenir. Y le tuvo, en efecto, por haberse casado con su hermosa prima doña Juana Cañedo, que le hizo muy dichoso; por haber obtenido diversos empleos y grados honoríficos, aun fuera de la marinería; y por haber alcanzado la gloria de ser el benefactor de Fópoli.

Las naturalezas batalladoras conservan su carácter, cualquiera que sea el género de trabajo á que se consagren. Así Matute, aun después de haber abandonado las escuadras, no dejó de pensar en las tempestades y naufragios. Donde quiera que algún infeliz de cualquier modo se ahogaba, volaba á su socorro; y ese noble anhelo le hizo fijar la mirada en los expositos de Fópoli, para tenderles mano protectora. ¿Qué mayores tempestades que las del mundo? ¿Qué mayores naufragios que los de la vida? ¿Qué naufragios más infelices que los huérfanos y expositos? Así lo pensó, sin duda, cuando, al llegar á los sesenta años, se consagró al servicio de aquellos desgraciados, pa-

ra redimirlos del abandono y de la muerte.

Lo dicho es suficiente para que el lector conozca á Matute por dentro y por fuera. Dejámosle saliendo de su casa; ahora le encontramos llegando al mercado. Serían como las siete de la mañana cuando se mezcló con aquella babilonia de vendedores de semillas, legumbres, frutas y todo género de comestibles. Todos lo conocían bien y le hablaban con respeto y cariño, porque sabían cuán bueno era, y porque estaban acostumbrados á recibir sus visitas. La de aquel día, no obstante, tenía algo de particular, como lo dió á conocer al dirigir la palabra á la primer vendedora con quien habló. La buena mujer le recibió sonriente y con un enorme manojo de vetrudos y rojos rábanos en la mano.

—Buenos días, don Juanito, le dijo; aquí tiene usted para sus pobres.

Pero don Juan no alargó la mano para recoger la dádiva.

—No, Policarpa, repuso; ahora preferiría cualquier moneda, por pequeña que fuese: estoy muy comprometido, pues debo entregar á sor Ignacia buen dinero antes del medio día. ¿No podría usted darme aunque fuese una monedita de cobre?

—De todo corazón lo hiciera, contestó

la buena mujer; pero mire, aun no he vendido nada.

Al decir esto mostró á Matute vacío y sin un ochavo, el pequeño vaso de barro donde guardaba el producto de las ventas.

—En ese caso, repuso éste, vengan acá ios rábanos; precisamente en previsión de eso, he traldo á estos muchachos.

Y cogiendo el rubicundo manojo, lo arrojó al fondo de una cesta

—Mil gracias, concluyó don Juan tendiendo la mano á la pobre muchacha.

Y pasó á un puesto de comestibles.

—¿Qué es de la buena vida, doña Bonifacia? dijo saludando á la corpulenta matrona dueña del comercio.

Era doña Bonifacia tan alta y gruesa como una torre, y al hablar se ponía de negrida y respiraba con dificultad.

—Ya usted lo ve, don Juanito, repuso, siempre detrás del palo hueco, y todos los días más enferma.

—Ni lo diga, que se rueda de gorda.

—Precisamente por eso; mi enfermedad es de gordura. Aquí donde usted ve, la grasa me va á matar. Dice el médico que ya la tengo en el corazón.

—Pues hay que atenderse; por fortuna no le hacen falta los medios.

—Eso parece; pero no todo lo que relumbra es oro. Sólo Dios sabe las apuraciones que paso.

—Pues creía estaba usted bien de re-

cursos. Dios quiera remediarlo todo; darle salud y desahogo. Así lo deseo.

—Lo creo, sí señor....

—En fin, continuó Matute; vamos al grano.

—Ahora mismo, repuso doña Bonifacia, cogiendo la medida de hoja de lata y metiéndola en una pila de garbanzos.

Y dirigiéndose á uno de los mozos, continuó:

—¡A ver, muchacho, acerca la canasta!

—Un momento, interrumpió Matute, voy á proponer á usted una sustitución.

—¿Prefiere usted frijol, azúcar, arroz?

—No; mejor algunas monedas, pues tengo que comprar ciertos menesteres de que anda necesitado el Hospicio.

—¿Monedas, don Juanito? pero ¡en qué piensa! ¡Si apenas cae una ú otra en el cajón! Esto no es ya negocio, y aun estoy pensando venderlo ó traspasarlo. Efectos sí, con mucho gusto; pero monedas... ¡ya las quisiera!

—En tal caso, dijo Matute suspirando, vengan los efectos.

—Enhorabuena, ¿qué prefiere usted?... Escoja entre todo lo que tengo: azúcar, frijol, arroz, garbanzo, chile....

—No siento predilección por ninguno de esos artículos; todos son de primer orden. Ni quiero agraviarlos estableciendo injustas preferencias entre ellos. ¿Por qué no me cede un poco de cada uno?

—Pero un poco nada más.

—Lo que usted guste; Dios se lo habrá de pagar, y doblado.

Sacó doña Bonifacia unas hojas de papel de estraza de debajo del mostrador, é hizo con ellas cucuruchos de no muy grande capacidad, los llenó con diferentes cereales, y los echó al fondo de la cesta, dando fuertes resoplidos.

—Mil gracias, le dijo el anciano; mis pobres se lo pagarán con oraciones.

Pasó en seguida al puesto de la carnicera, que era una joven gigante, de buen ver y mejores colores, estaba siempre de buen humor, y hablaba y reía, que era una bendición. Parecía un pájaro, solo que en lugar de jaula y alpiste, estaba metida entre dobles hileras de piezas de carne, pendientes de gruesos clavos, y en lugar de trinar, bromeaba con todos, y tajaba pulpa ó partía huesos con el hacha sobre el grueso y grasoso tronco que en medio del despacho se veía.

—Desde que divisé á usted, me estoy preparando para recibirlo.

—¿Y cómo, Plutarca? preguntó don Juan.

—Cortándoles unas costillas á las hermanas de la Caridad, contestó la carnicera con sorna.

—“Para las Hermanas,” querrá usted decir, objetó Matute; pues si se las corta se á ellas, mal rato las haría pasar.

—Se entiende; ¿cómo había de atrever-

me á cortar las de sus reverencias? Soy muy buena cristiana.

—Pero ni aun así está bueno.

—¿Ni aun así? ¿Por qué no ha de ser bueno que corte y prepare unas costillas "para" sor Ignacia y su plana mayor?

—Porque cuanto pido y ustedes me dan, es para los pobres, no para las hermanas:

—Está bien, señor; pero á mí nadie me quita de la cabeza, que ellas separan todo lo mejorcito para su regalo: el mejor chocolate, el mejor pan, la mejor leche y... todo lo mejor.

—¡Calumnias, puras calumnias! Eso es lo que dicen sus enemigos.

—¿De manera que viven de aire?

—Se entiende que comen, y también que participan de la comida de los pobres; de otro modo se morirían de hambre.

—¡Ya pareció el peine! Siendo así, ¿por qué no quiere usted que les parta las costillas?

—En ese sentido no me opongo. Ahora, hablando en serio, Plutarca, lo que necesito es un poco de dinero.

—¿Costillas y dinero? No pide poco sor Ignacia. ¿No sería mejor que le llevase usted el cajón y toda la res?

Y al decir esto, señalaba con el pesado y filoso cuchillo, los cuartos sangrientos que colgaban en torno.

—Nada más que en ese caso, continuó, tendría usted que llevarme á mí también

al Hospicio para que me mantuvieran las hermanas.

—Pero, Plutarca, repuso Matute, ¿quién pide á usted costillas y dinero? He hablado de dinero, y sólo de dinero, fíjese bien.

—Perdone el señor; pero soy un poco sorda... ¿De modo que las hermanas no quieren más que dinerito?

—Nó, ellas nó; soy yo quien lo quiere.

—¿Más dinero todavía? Harto les ha dado usted. Dicen que lo mandan al Santo Padre. ¡Y acá tanta falta como nos hace! ¡Y el dineral que ha entrado en el Hospicio! ¡Sería bueno que saliese un poco de allá para acá!

—Ahora se trata de mí y no de ellas; ó, por decirlo mejor, de un niño huérfano, cuya entrada en la cuna deseo asegurar, comprándole lo necesario.

—Esa es otra cosa, dijo la muchacha con seriedad; y siendo así, con gusto daré lo que pueda.

Acabó de separar los costillares, cortó con el hacha los huesos demasiado largos y puntiagudos, para regularizarlos, y, en seguida, abriendo el grasiento cajón donde iba guardando las "ventas," sacó un puñado de monedas de cobre y plata, y lo puso sobre el mostrador. El anciano, antes de echarle mano, procedió á contarlos, como metódico que era, y halló que el mayor número de las monedas era de cobre, y sólo unas cuantas de plata.

—Dos pesos doce granos justos, dijo Matute al concluir.

Sacó del bolsillo una taleguilla de manta, corrió los cordones, abrió la boca y guardó dentro las sucias y grasientas monedas.

—¡Jesús! ¡qué barbaridad! clamó Plutarca con fingido susto y ademán cómico. ¡me he equivocado! Vuélvame usted los dos pesos, que es lo poco, y quédese con los doce granos, que es lo mucho.

—De eso se encargará Dios, dijo Matute con gravedad.

Y siguió adelante quitándose el sombrero.

—¡Eh! ¡eh! gritó Plutarca. ¿Y las costillas de las hermanas?

—¡Muchacho, la cesta! repuso el interpelado.

Y envió á uno de los sirvientes para que recogiese como una docena de frescas y rojas costillas, que la generosa muchacha reunía y levantaba entre sus manos hombrunas, mostrándolas á don Juan.

Así siguió Matute durante la mañana recorriendo el mercado, puesto por puesto, y recogiendo aquí comestibles, allá monedas de cobre y en pocas partes una ú otra pieza de plata; mas, á pesar de sus afanes, al caer las doce, no había reunido más que cinco pesos. Al oírlas, se dirigió á las tiendas de ultramarinos, y comenzó de nuevo la colecta; y en menos de media hora, con poca charla, recorrió todas

cuantas se abren en derredor del mercado, y pudo cosechar como otros cinco pesos. Aun así, le salían faltando quince; mas como el tiempo se le acababa, emprendió la marcha hacia el Hospicio, consolándose con el pensamiento de que las cestas iban repletas de todo género de provisiones.

Mas en el camino torció el rumbo, porque tropezó con un centinela que hacía guardia frente á una casa, y este sencillo incidente le sugirió una idea que le pareció buena.

—¡Táte!, se dijo; aquí vive el General Briones. . . . Dicen que tiene muy mal genio, pero buen corazón. ¿Será cierto?

Y se paró un momento á reflexionar.

—En último caso, siguió pensando, me dirá que nó con muy mal gusto; pero eso no importa. En cambio, si salgo bien librado, me dará un buen auxilio.

Tomada su resolución, ordenó á los sirvientes que siguiesen hasta el Hospicio, y se encaminó á la casa del militar.

—¡Alto! dijo el centinela al verle, terciando el fusil delante de la puerta.

—Usted dispense, repuso cortesmente el anciano. ¿Está en casa el señor General?

—¡Cabo cuarto! gritó el soldado sin contestar.

No tardó en presentarse el interpelado.

—¿Qué ocurre? preguntó.

—El señor General Briones ¿está en ca-

sa? preguntó don Juan; deseo hablar con él.

—No se le puede ver; ha dado orden de que no se le interrumpa.

—Con todo, ¿me hiciera usted la gracia de anunciarme? Soy Juan José Matute; tal vez conozca mi nombre el señor Briones.... Puede usted decirle que tengo un negocio importante que comunicarle...

El sargento vaciló; pero dominado por la amabilidad y el aspecto venerable del anciano, se dejó vencer.

—Espere usted un poco, repuso; nada le aseguro, pero voy á ver.

—Mil gracias.

Con esto entró el cabo en la casa, dejando á don Juan en la acera; tardó en salir, y cuando se presentó de nuevo, traía las orejas color de escarlata.

—Me ha reprendido duramente porque falté á la consigna, dijo, pero puede usted pasar.... Voy á enseñarle el camino.

Así logró Matute penetrar en aquel edificio hosco, que inspiraba al público ideas pavorosas de truenos, juramentos y exterminio, y cuyo aspecto interior correspondía á tales aprensiones, pues parecía un arsenal por lo repleto que se veía de fusiles, espadas, lanzas, cornetas y tambores. Por los corredores había grupos de soldados sentados en las banquetas ó tirados por el suelo; pero todos hablaban á media voz: parecía la casa del silencio. Se conocía que en aquel recinto se hilaba

muy delgado. Subió don Juan la empinada escalera, cruzó un largo corredor y llegó á una puerta de cristales, que se abría en la pared del fondo. El cabo llamó con los nudillos de los dedos.

—¡Adentro! gritó una voz estentórea.

Y penetró Matute en la estancia. Era una sala de vastas dimensiones, tapizada con blanca estera que ahogaba el ruido de los pasos. En derredor, contra los muros pintados al temple, hallábanse alineados numerosos estantes llenos unos de libros, otros de legajos y otros de periódicos. En medio de los balcones que daban á la calle, se miraba la enorme mesa de trabajo del general, ante la cual se hallaba éste sentado. Era un hombre como de cuarenta años, de estatura pequeña, tez roja, pelo rubio cortado al rape, corto mostacho de puntas engomadas, nariz aguileña, labios delgados, estereotipado entrecejo y ojos verdes. Con durísima expresión los clavó en el rostro de Matute, quien hizo una profunda reverencia, á la cual contestó Briones con imperceptible inclinación de cabeza. El anciano, un tanto confuso, no halló por lo pronto qué decir ni cómo empezar.

—¿Decía usted, señor? interrogó Briones con severidad. Le advierto que no tengo tiempo que perder. La consigna dada á la guardia era de que nadie subiese á interrumpirme; pero al cabo la ha roto haciéndose acreedor á una buena repre-

menda. ¡Véamos ese negocio "importante!"

—Voy, mi general, contestó Matute, que había permanecido en pie y con el sombrero en las manos.

—¡Pues al grano!

—Soy Juan José.....

—Matute, lo sé; interrumpió Briones con impaciencia.

—De acuerdo con el señor Obispo, he abierto en el Hospicio de pobres una Sala de Cuna.

—¿Y qué tenemos con eso?

—¡Allá voy, señor general! Anoche se murió una pobre viuda dejando un niño desamparado.....

—¡Hum! ¡hum! murmuró el militar removiéndose en el asiento con visible malhumor. Acorte usted, acorte....

—Y para no dejarle perecer, le llevé al Hospicio de pobres; pero la Cuna está llena, y necesito comprar colchón, sábanas y otras cosas para el nuevo asilado...

—¿Y bien?

—Usted comprende....

—No comprendo nada; si no es más que eso, hágame la gracia de dejarme en paz.

—En usted fundo mis esperanzas, señor general.

—Esperanzas, ¿de qué?

—De conseguir lo necesario para comprar todo eso.

—¿Y es ese el negocio "importante" que le ha traído aquí?

—Sí, señor.

—¡Pues es una patochada!

Briones bufaba; increíble le parecía que mortal alguno se atreviese á desafiarle con tanta frescura.

—Se me figura, continuó golpeando la mesa con el puño, que lo que usted se ha propuesto, ha sido jugarme una mala pasada.

—No lo permita Dios; no soy capaz de eso.

—¡De mí nadie se burla, señor mío!

E hizo un ademán que claramente quería decir: "¡márchese usted en el acto!"

—¡Luego, señor general! repuso Matute adivinando el sentido de la indicación; tan pronto como usted me dé algún socorro.

Briones, sin contestar, se encogió de hombros, y, para desairar á Matute, tomó la pluma y continuó escribiendo ó haciendo como que escribía. Entretanto, inmóvil como una estatua, permaneció don Juan mirándole suplicante, aunque sin ser visto, sin duda con el objeto de ablandarle. El general, que sentía sobre sí aquella mirada, pudo reprimirse algunos minutos, procurando abstraerse en su labor; mas era demasiado nervioso para soportar la situación. Al fin, rojo de cólera, arrojó con ímpetu la pluma sobre la mesa, y levantándose, vociferó:

—¡Es imposible! ¡no puedo trabajar! ¿Qué hace usted ahí todavía?

—Espero, señor general.....

—¿Y qué es lo que espera?

Briones tenía ya la sangre en la cabeza al articular las últimas palabras, y miraba á Matute de hito en hito con aire de desafío. Si don Juan José hubiese sido prudente, se habría marchado al observar su actitud, y todo hubiera parado en gritos y palabrotas; desgraciadamente, cuando tomaba un empeño entre manos, no lo abandonaba con facilidad. Sobre todo, la idea de no haber reunido ni la mitad de la suma ofrecida á sor Ignacia, le impulsaba á ser testarudo. No; lo que era de allí no había de salir con las manos vacías.

—¿Está usted sordo? siguió vociferando Briones. ¿Qué espera?

—¡Que Dios le mueva el corazón! repuso el anciano.

La frase sonó como nota falsa en aquel ambiente; pareció una burla. No es raro que la gente buena incurra en faltas de tacto como esa, pues la idea del fin moral que la domina, suele tornarla inoportuna. El rostro de Briones, de rojo que era, se puso escarlata; y creyendo que Matute se mofaba de él, y había ido á su casa con el único designio de hacerle una mala jugada, no supo ya de sí, perdió los estribos, y, ciego de rabia, se lanzó sobre él, gritando:

—¡Insolente! ¡Fuera de aquí!

El general tenía la mano larga: estaba acostumbrado á tratar á puntapies y bo-

fetones á los soldados, como era costumbre en aquellos buenos tiempos. Así que, llevado de sus hábitos, unió la acción á la palabra, y arremetiendo contra don Juan José, que permanecía inmóvil, le cogió por el cuello, y le sacudió y empujó con furia para ponerle en la puerta. El anciano, que no aguardaba la agresión y estaba debilitado por la edad, no pudo resistir la violencia, y dió consigo en tierra á los primeros estrujones. De pronto sintió indignación é ímpetus de volver golpe por golpe; pero se reprimió en el acto, y no lanzó ni una queja; lo único que hizo, fué murmurar al incorporarse:

—¡Sea por el amor de Dios!

Tardó un momento en levantarse, aturrido por la caída, y cuando al fin logró ponerse en pie, fué con la ayuda del mismo general. Recogió el sombrero que se le había escapado de las manos, y se dispuso á marcharse en silencio; pero su agresor le detuvo.

—¡Un momento! le dijo con voz alterada.

Briones era noble en el fondo, aunque no lo parecía; exaltado así, pero no cruel ni perverso. Le pasaba lo que á todas las personas arrebatadas: no bien había cometido una violencia, le venía la reflexión y se dolía de lo hecho; era la historia de todos los días de su vida. Ahora, pues, que había puesto la mano en un hombre pacífico, en un caballero bien nacido, y sobre todo,

en un anciano, sintió más que nunca vergüenza de sí mismo; y las breves palabras de Matute, tan humildes como insólitas, hicieron que su frente se cubriese de rubor:

—Caballero, ha sido una violencia, continuó diciendo. Caballero, perdóneme. ¿Me perdona?

—No hay de qué, señor.

—No diga usted eso. ¿Me perdona?

—Está usted perdonado.

—¿De todo corazón?

—De todo corazón.

—Gracias, no esperaba menos de usted.

Y anheloso de resarcir el mal que acababa de hacer, abrió con mano febril una de las gavetas de la mesa, y sacando una talega de dinero, la puso en manos del anciano.

—¿Para qué es? preguntó Matute.

—Para usted.

—¿Toda?

—Toda; haga usted con ella lo que quiera.

La emoción cegó á don Juan, que quedó deslumbrado: apenas podía creer lo que pasaba. Lograba al fin lo que tanto había deseado, pues podría cumplir lo ofrecido á sor Ignacia, y tendría el niño cuanto hubiese menester. Reflexión tan placentera borró de su alma hasta el recuerdo de la ofensa recibida, y absorto en aquellas consideraciones, y pensando sólo en la largueza de la dádiva, tomó la mano del ge-

neral, murmurando un “¡Dios se lo pague!” y la llevó á sus labios.

Briones la retiró como si hubiera sentido el contacto del fuego. Sin comprender lo que estaba pasando, vió como al través de un velo de niebla, que Matute se marchaba sonriente y haciendo profundas reverencias; y considerando la fealdad de su acción y la belleza del alma del anciano, sintió que un sollozo le brotaba del pecho y de los ojos una lágrima, al bajar á su conciencia la confusa percepción de una extraña grandeza.

V.

Se rompe un velo inútil.

Omitimos describir la satisfacción que se dibujaba en el rostro de Matute al presentarse á la superiora del Hospicio momentos después de la escena que acabamos de relatar, el asombro de ésta al recibir de manos del anciano tanto dinero, y las fiestas que ella y las otras hermanas hicieron á las canastas de provisiones; el lector podrá figurarse todo eso, tomando en consideración las circunstancias del caso. Para colmo de alegría, resultó que las cuentas mismas de sor Ignacia habían sido exageradas, y que el surtido de todo lo